

considerable importancia. Ramón Chao, que explicó el dominio imperialista del idioma inglés y las consecuencias que ello trae tanto para otras lenguas como para otras culturas, en el sentido de la homogeneización internacional de valores, símbolos, códigos lingüísticos, usos y costumbres, coincidió con Ramonet y con la mayoría de los ponentes en la defensa intransigente de las culturas nacionales como única salida posible.

En el segundo bloque de ponencias (2), Vázquez Montalbán hizo su aportación sobre el papel de los medios de Comunicación y la Cultura en el proceso de construcción de la democracia formal que estamos padeciendo en nuestro país. Miguel de Moragas centró su exposición en desgranar paciente y concienzudamente la monstruosa Radiotelevisión Española y el incierto futuro de las llamadas "televisión regionales". El resto de las ponencias se concentraron en la tierra de nuestros dolores, Galicia: Pérez Vilarinho, Víctor Freixanes, Xesús Alonso Montero y Perfecto Conde hablaron de los diarios, de la prensa escrita y la radio, de su relación con el proceso autonómico, de la televisión (anti gallega que sufrimos, así como del papel del idioma gallego en la etapa histórica que nos ha tocado vivir.

Dada la trascendencia de estos Primeros Coloquios, los organizadores pretenden (y no es broma), si las autoridades y el tiempo lo permiten, publicar las ponencias y los debates en un plazo que ronda los cuatro meses. Al mismo tiempo, en el ánimo de todos los que partici-

pamos ha estado presente la necesidad de darle continuidad a esta labor y luchar para que puedan ver la luz unos Segundos Coloquios el año que viene. Desgraciadamente, no sólo depende de nuestra buena voluntad, pero tenemos mucha paciencia, somos incurables testarudos y todavía no nos ha vencido el desencanto. ■ E. LOPEZ MENDEZ.

El amor al fútbol... y la muerte

Si alguien me hubiera dicho que un día leería un libro sobre fútbol, y que lo leería con pasión y con asombro, le hubiera mirado con la misma cara con que —supongo— miraría el Rey de España a uno que le dijera que una noche terminaría empujando, junto a la estatua del Ángel Caído, en el Retiro (1).



Vicente Verdú.

(Sólo una vez fui al fútbol, aprovechando una entrada gratuita, para ver a Ben Barek, en un partido de entrenamiento. Al empezar, pregunté al espectador

—¿o aficionado?— que se sentaba a mi lado: "¿Cuál es Ben Barek?". "El número 9". Me pasó el partido contemplando a Ben Barek. Al día siguiente me enteré por el periódico de que Ben Barek no se había alineado; el número 9 era Silva. Ahora, Vicente Verdú me aclara que aquella mi frustración de espectador no hubiera afectado a un aficionado verdadero —esto es, real—, o le hubiera afectado menos; pues en cierta medida Silva y Ben Barek eran permutables, permutables desde luego sintácticamente, en sus funciones, tanto a nivel técnico —el juego como fábrica— como a nivel mítico —el juego como rito—, pero también parcialmente permutables paradigmáticamente, pues ambos portaban la misma marca espacial, el color moreno, rasgo plástico persistente del conjunto rojiblanco —de ahí sin duda la confusión de mi informante—, aunque Silva no portara el rasgo temporal de Ben Barek, su procedencia de "otra" cultura y "otra" raza, como signo del advenimiento milagroso del héroe. Entonces yo no sabía nada de estas cosas: si hubiera conocido a Vicente Verdú y me las hubiera explicado, tal vez no habría sido el enemigo moral del fútbol que siempre fui, hubiera sido un simple enemigo mortal.

El libro de Verdú va a provocar la misma pasión y el mismo

1) Vicente Verdú: El fútbol. Mito, ritos y símbolos. Alianza Editorial, colección de bolsillo, número 761. Madrid, 1980. 208 páginas. 200 pesetas.

Premio Internacional de la Prensa

EN Niza soleada se reunieron por octava vez los miembros del Jurado del Premio Internacional de la Prensa para distribuir sus ya tradicionales premios. Forman el Jurado representantes de las revistas "Nin" (Yugoslavia), "L'Espresso" (Italia), "Nouvel Observateur" (Francia), "The Observer" (Inglaterra), TRIUNFO, del diario suizo "Tagesanzeiger" y del semanario norteamericano "Newsweek".

Todos se pusieron de acuerdo para distinguir, por unanimidad, la obra del yugoslavo Veljko Micunovic, titulada "Jornadas de Moscú". Se trata de las Memorias de un embajador yugoslavo en la Unión Soviética, que fue el autor en los años en que Jruschof se había empeñado en sacar a su país del estalinismo, tarea tan ardua como la de liberalizar a nuestra España, y que al fin quedó más que inconclusa.

El ex embajador, que había granjeado la confianza de Jruschof, relata anécdotas y publica documentos jocosos y escalofriantes que demuestran el único interés que mueve a esos niños que son los grandes personajes (es una infancia sin fin, ya lo decía Fernando Pessoa): mantenerse en el poder.

El Jurado también quiso subrayar el interés de los otros libros presentados, todos de gran calidad, como el del inglés William Sawcross "Sideshow", en el que se desmontan todos los argumentos de Kissinger y de Nixon para justificar la intervención americana en Camboya, y el de Gerard Sandoz, "Los alemanes que desafiaron a Hitler", sobre la resistencia al nazismo en el interior de Alemania.

Quedó finalista el libro de Víctor Freixanes, "Memoria de un fuxido", escrito por este periodista gallego y en gallego, con los documentos recién descubiertos de González Fresco, guerrillero mítico gallego, que murió en las montañas del Sur de Galicia al principio de nuestra guerra civil.

Por último, aun hallándose fuera de concurso, fue muy comentado el libro de Jorgen Semprún editado en Francia, "Ouel beau dimanche", y los miembros del Jurado que lo leyeron hicieron constar "su admiración por este prodigioso relato".

Antes de separarse, los delegados y directores de estas publicaciones adoptaron un texto escrito por el presidente, Jean Daniel, en el que "lamentan la detención y el reflujo del movimiento español hacia la democracia, como indica la condena de Juan Luis Cebrián, director del diario madrileño "El País".

(2) Vázquez Montalbán (creemos que no es preciso presentarlo), envió una ponencia titulada "Cultura, poder y medios de comunicación en el Estado español". Miguel de Moragas, profesor en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Autónoma de Barcelona, habló sobre "Comunicación, cultura y centralismo en el Estado español". Pérez Vilarinho, director del Departamento de Sociología que organizaba los Coloquios, expuso el tema: "Prensa y opinión pública en Galicia". Víctor Freixanes, periodista y profesor de Instituto, habló sobre "Lengua, poder y comunicación en Galicia". Alonso Montero, escritor muy conocido en Galicia y fuera de ella, fue el autor de "Una misma tarea: la cita con la palabra de la cultura y la cita con la cultura de la palabra". Perfecto Conde, periodista, corresponsal de "El País" y Ediciones Zeta, habló sobre "La televisión en Galicia".

asombro en todo lector que no esté muerto, esto es, que no esté completamente adulto ("adultus" es el que ha llegado ya, el que a golpes de determinaciones está terminado, fané y descargado, kaputt).

En cierto sentido es un libro curioso. Lo cuenta todo, cuenta todos los secretos del fútbol, los explica todos. Todos los cómo, porqués y paraqués tienen en este libro su respuesta. Cómo coloca los brazos cada jugador al posar para el fotógrafo, qué diferencias hay en la salida del campo de un jugador cuando es relevado sin sorpresa o por sorpresa, por qué un jugador no puede mostrar preocupación por su porvenir, por qué puede copular, pero no decir que copula, por qué la pelota ha terminado siendo completamente blanca y el vestido del árbitro casi completamente negro, por qué el extremo izquierdo lleva —o llevaba— el número 11, para qué se lanzan almohadillas al campo y para qué flamean los pañuelos, para qué la WM y para qué el juego total... (el que quiera las respuestas tiene que leer el libro).

Lectura interesante y, por lo mismo, superficial, profana y profanadora es la lectura del antropólogo, pasto para diletantes. La mirada del antropólogo es una mirada kitsch si las hay: rompe la unidad de la obra o del acto, para liberar elementos y recombinarlos luego a placer en un pastiche descontextualizado. Mirada de antropólogo, paralela a la manipulación del anatomista, porque sólo se puede explicar lo que ha sido previamente asesinado (analizado, disecado). Cuando es posible hablar del fútbol con una lucidez tan implacable, con una claridad tan obscena, es que el fútbol —como todo— ha muerto.

Pero es —también y sobre todo— un libro estremecedoramente trágico. Escrito con pasión, desde la pasión por el fútbol. Recorrido, desde la primera hasta la última página, por un flujo rojo. Arrebatado, cercado y asfixiado por un viento negro. Rojo y negro, amor y muerte. Así es la vida, así es el fútbol.

Vicente Verdú muestra un saber enciclopédico. Término que designa, no la cantidad del saber (saber extenso o erudito, saber intenso o profundo), sino su cualidad. Saber enciclopédico es un saber que —como recuerda Mo-

rin que indica la etimología— se pone en ciclo ("en-kuklos-pal-deia"). Verdú echa mano de todas las perspectivas posibles (antropología, sociología, psicología, historia y tecnología del fútbol, psicoanálisis, materialismo histórico, semiótica...); pero las utiliza como restos, transgrediendo las clausuras de sus discursos, desintegrándolos, desestructurándolos para reconstruir con sus restos su propio discurso, que

reintegra todo el sentido y toda la pasión.

Hay que lanzarse a la lectura de este libro a tumba abierta. Como me he lanzado yo a la escritura de esta nota. El fútbol ya no es el fútbol, la vida ya no es la vida. La violencia "natural", rural y agropecuaria, del fútbol y de la vida ha sido cercada —como zoo o parterre— en la ciudad. Tenemos que continuar el trabajo titánico y demoníaco del jugador

número 11: número que desborda al 10, marca de la perfección del ciclo. Ya no hay Gentos en los campos: el fútbol ha sido colonizado por el baloncesto, como la lucha de masas ha sido colonizada por la política parlamentaria. Sólo podemos continuar en el orden del simulacro, sólo podemos ser Gentos de papel.

De paso, una lectura desbocada transgredirá la —en ocasiones— escritura contenida del au-

ADIOS A LAS LETRAS

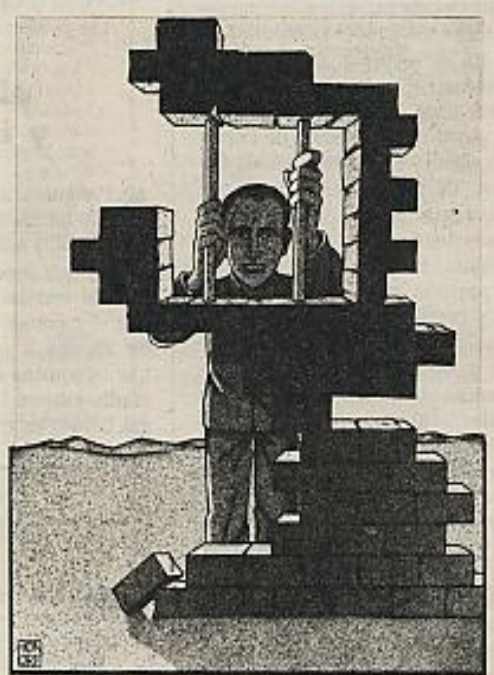
El doctor Meliá de Palma

MIENTRAS el mundo periodístico nacional se convulsionaba porque el Tribunal Supremo decidía empujar lentamente hacia la cárcel al director de El País, Juan Luis Cebrián, un secretario de Estado que también fue periodista, que también fue crítico literario, que también fue prefacista (prefacista significa, en el lenguaje de los pintores, el que escribe prefacios para catálogos) hacía una amable declaración sobre su tiempo libre para el cuaderno dominical del diario ABC. Dentro de ese tiempo libre halló minutos para calificar de "desafortunada" —entre otros adjetivos— la sentencia condenatoria de Cebrián. Después, él y el Gobierno del que es portavoz guardaron un inquietante silencio.

Hay personajes entrañables en el ruedo nacional y Josep Meliá es uno de ellos. Siempre ha estado tentado por la filosofía y por el error, pero siempre optó por lo último. En este breve artículo sobre su tiempo libre halló ocasión para lo primero, pero cayó en lo segundo, porque su filosofía se basa en lo pragmático, en lo contingente, en lo que se lleva el viento. Con el viento él ha logrado lo imposible: hacerlo tan eficaz que ni siquiera su cuerpo mediterráneo bien alimentado puede hacerlo detener.

El carácter entrañable de Josep Meliá viene del candor de sus errores. No se equivoca queriendo; la suya es una involuntaria y persistente equivocación, un tropiezo constante en las piedras de la razón, a las que destroza con su presencia de doctor de pueblo que viniera a curar a otros de la enfermedad del entusiasmo. Un día descubrimos aquí un pasado error suyo como crítico literario, que aturdió a los telespectadores —hacia crítica literaria en televisión, como hizo luego Luis María Ansón, otro compañero de carnet— confundiendo al Taylor Caldwell de Capitanes y reyes, con otro Caldwell, Erskine, mucho más reputado que el primero y que fue el que él conservó en esa retina que mira sin ver.

Junto con Josep Meliá, a una escala aún más cínica —algún día me echará en cara el adjetivo: cuando haga la historia en fascículos de lo que



nos pasa—, fue el ministro de Cultura, Ricardo de la Cierva, el que mostró hasta qué punto alguien que presume de ser periodista puede olvidar a propósito los rudimentos de la profesión. El ministro, interrogado en Albacete, señaló que la condena de Cebrián no suponía un atentado contra la libertad de expresión. Cuando el mismo ministro escriba la historia se llenará de vergüenza propia.

Aunque hay gente con tan poca capacidad de memoria y con tantas ganas de ser protagonista del futuro, que son capaces de pasar, como tractores del tiempo, por encima de sus propios errores, dejando una estela de olvidos que les beneficia a ellos y que dejan el mundo empedrado de despropósitos. Tienen la permanente nostalgia de un pasado esplendoroso que a ellos les hubiera gustado perpetuar; por eso se les ve tan persuadidos de que combaten en una guerra por permanecer. Tienen muy claro quiénes han de ser los vencedores. No saben que ni ganan ni convencen, pero cobran por vivir en tal ignorancia.

A Meliá, en este caso, lo salvó un minuto de reflexión extraído de su tiempo libre. A Ricardo de la Cierva lo condenó la tremenda creencia que tiene en la necesidad de llenar el tiempo con convicciones erróneas. ■ SILVESTRE CODAC.

tor: siempre ordenado y claro, exhibiendo a veces desenfado y desparpajo —guño de complicidad al lector biempensante—, retirando el bello título original (recuperado por mí como encabezamiento de esta nota) para poner otro que propicia la lectura antropológica del libro... Breves, pero significativos, gestos que simulan el embridamiento de una pasión indisimulable.

El fútbol ha sido denunciado, por los adultos, como evasión: tachado de irrealidad, para subrayar —por contraste— la realidad de las cosas serias (la tarea del ejecutivo, la peregrinación semanal a la parcela, el consenso parlamentario). Para negar la realidad del juego, de los paseos con el amor y la muerte. Ahora que no hay real, porque no hay imaginario, porque todos los secretos han sido profanados, ahora que nada vive, necesitamos desesperadamente recuperar el fútbol. Pero el fútbol ha muerto en los campos: la irremediable ausencia del discurso del fútbol sólo puede ser suplida por los discursos sobre el fútbol. Discursos estremecidos por la misma pasión de penitentes, por el mismo frenesí de forofos. Cuando los aficionados al fútbol ya no pueden hacer penitencia, hagamos penitencia, de la afición que nunca nos infestó, los enemigos morales del fútbol.

Ahora que el fútbol ha muerto, todos aficionados, todos futbolistas. ■ JESUS IBANEZ

La novela negra como testimonio

VARIOS factores han incidido en Javier Coma para que consideremos a su libro, recientemente editado (1), como una de las más serias y rigurosas contribuciones a los estudios de la novela norteamericana que atiende a esa denominación europea. Es más, "La novela negra" supone una aportación fundamental en la bibliografía no sólo española.

El primer factor es la propia personalidad del autor, verdadero devorador de novelas policíacas desde joven y convertido en un conocedor exhaustivo del tema. El segundo, didácticamente coherente, es su ideología marxista que le ha facilitado —lográndose mantener en los límites

(1) Javier Coma, *La novela negra*. Ed. El viejo Topo. Barcelona, 1980.

de la argumentación sin excederse en los esquemas— una facilidad y claridad en los análisis socio-políticos en los que demuestra la buena utilización de los instrumentos de trabajo (el subtítulo del libro, "historia de la aplicación del realismo crítico a la novela policíaca norteamericana", no deja de ser una clara referencia orientativa). Y el tercer factor, dependiente de su metodología, es el haber especificado "la novela negra"; es decir, singularizando el género en sí mismo y en el contexto social norteamericano en el que nació y en el que se ha ido desarrollando hasta nuestros días.

Creo que, como clara invitación a su lectura, es imprescindible informar sobre el plan expositivo de la obra. Se trata de un texto que no sólo es aconsejable por su interés analítico, sino por el valor documental, ya que tras las consideraciones sobre el género (y, en especial, sobre el fondo histórico y geográfico del mismo) y tras los estudios sobre determinados autores (Hammett, William Riley Burnett, James Cain, McCoy, Don Tracy, Jim Thompson, Chandler, Ross Macdonald, David Goodis, William McGivern, Himes y Donald Westlake, siempre encuadrados en capítulos orientativos, como son "la era de los gangsters", "la

verdad frente a la ley", "irrupción y rastro del maccarthismo", etcétera), el libro se enriquece con unos anexos que abordan la seudonimografía de los creadores del género, la cronología de las novelas esenciales, la mitología de los detectives creados, la filmografía complementaria y una bibliografía que si no exhaustiva sí puede considerarse como aproximativa. Un apéndice con la selección de las ediciones en castellano configura su otro aspecto relevante.

Para Javier Coma, la novela negra constituye "una literatura narrativa, con origen en los Estados Unidos durante los años veinte y con desarrollo típica y primordialmente norteamericano, ceñida al enfoque realista y sociopolítico de la contemporánea temática del crimen, encauzada paulatinamente como un género determinado y practicada mayoritariamente por especialistas". Esta definición, a juicio mío correcta y hasta ahora no bien expresada por otros estudiosos, además de una concreción bien delimitada, rechaza por una parte la falsa tesis de considerar que "la novela negra" surge en el instante del "crack" norteamericano, cuando, en realidad, en 1922 ya Hammett había iniciado la publicación de sus relatos, que respondían, desde luego, a los

problemas de una sociedad que tras la intervención en la gran guerra estaba abocada a situaciones agudísimas que alcanzarían en 1929 su momento más crucial cuando "el jueves negro" supuso la hecatombe capitalista. Por otra parte, valora como crónica de la actualidad vigente ese género que, en líneas generales, responde a una intención progresista, pero que no es exactamente —y el mismo Javier Coma en otros párrafos no se libera del todo de esa idea tópica— una crítica consciente de la sociedad capitalista. Es decir, no nace como tal, sino que tiene una significación más importante al configurar un producto de alta calidad testimonial que vierte en el género la tradición literaria norteamericana, cuyos orígenes hay que encontrarlos en el temprano desarrollo del periodismo (ese que nace con el teléfono y después se amplía y moderniza con los otros medios de comunicación social). Fenómeno que convive con el inicio de la conversión de una sociedad capitalista en vías de desarrollo en primera potencia imperialista del mundo. Sociedad en la que, por otra parte, la noticia (el suceso y el reducido comentario a la pregunta "¿cómo?", pero nunca a la de "¿por qué?") convierte un medio de expresión en literatura, en la que las descripciones, los diálogos y las preocupaciones testimoniales configuran ese apartado nacional norteamericano dentro de la historia de la literatura contemporánea. Y en la que el diálogo (como lo fueron en Dreiser, Hemingway, Dos Passos, etc., en la otra vertiente) representa el aporte formal más destacable junto a la búsqueda del testimonio de la violencia. Indagación sin ninguna aparente consideración intelectual prevalente. Pues así como el "relato policial" es "un género intelectual... basado en algo totalmente ficticio" y "el hecho es que un crimen es descubierto por un razonador abstracto y no por delaciones..." (2), la novela negra se distingue radicalmente de la "del jarrón" porque no juega con lucubraciones, sino atiende a los hechos violentos tal como se dan, sin ningún mecanismo cerebral y dentro de las contradicciones de la sociedad que los desencadena. ■ R. MUÑOZ SUAY.

(2) J. L. Borges, *Borges oral*. Ed. Brujuna. Barcelona, 1980.

